

Nostalgia de la ciudad de México*

Lo que paso a relatar, yo lo viví. También cuento algunas cosas de cómo era la vida diaria.**

En 1906 mi padre tuvo que venirse de Puebla a la ciudad de México, por ser antireeleccionista; el Jefe Político lo amenazó gravemente.

Tenía yo 6 años cuando llegué con mi padre a vivir en la cuarta de la calle de Ayuntamiento.

La calle estaba empedrada, pasaba por allí un tren de mulitas. El carrito tenía cupo para 6 personas, sentadas una frente a otra. El cochero-arriero era un tipo vestido medio a lo charro: pantalón ajustado y sombrero de charro (charro pobre, de veras pobre), sendos bigotes muy "machos" y un látigo muy largo en la diestra. Con éste, y un léxico no muy académico, apuraba a la mula. Al llegar a la terminal, desenganchaba la mula y la pasaba al lado contrario.

Tres años después vinieron de Puebla mi madre y hermanos. Vivimos en la Calzada de la Piedad, en el número 21. Hasta allí llegaba un canal, seguramente desde Xochimilco; las canoas traían verduras y flores; cantidad de amapolas de las que ahora prohíben.

En 1910 vivimos en la sexta calle de Guerrero, en una vecindad muy espaciosa. Estaban dentro de un patio, algunas con escaleras para el primer piso. Más altas no había. Tenían un zaguán tipo antiguo, ancho y pesado. El portero lo cerraba a las 10 de la noche, y el que llegaba después de esa hora tenía que pagarle 10 centavos para que le abriera.

En la segunda de Guerrero había un cine, que más bien



era un jacalón. El proyector era de tamaño "gigante". La luz que salía por los lados iluminaba casi el salón. Atrás, estaba la luneta. La pantalla era una manta. Sólo pasaban películas cortas, no creo que duraran más de 10 minutos. Repetían y repetían la misma. Una que era la sensación —me acuerdo— era de un carrito de mano que llevaba melones por una calle empinada. El carrito se volteaba y se caían los melones y rodaban. Pero lo sensacional era cuando pasaban la película de regreso, y los melones se subían al carrito. Carcajadas y asombro generales. Tenía yo un primo, como de 17 años, que se sentaba atrás de la pantalla y veía la película "al revés". Se encargaba de hacer los ruidos de la película: ladridos, trote de caballos (con medios cocos). También hacía magia, se lla-

maba el "Mago Macoro".

Pocas veces mi papá nos llevaba al circo. Había payasos y maromeras: atrevidísimas, con pantalones bombachos hasta la rodilla. La máxima figura del circo en esa época era Ricardo Bell, un apuesto inglés elegantemente vestido de "clown". Su éxito cumbre era un instrumento musical: un tubo con cascabeles donde tocaba Sobre las Olas, Las Mañanitas y como gran final, el Himno Nacional.

Por las calles andaban los húngaros gitanos. Sus mujeres dizque leyendo la suerte. El hombre traía un oso grande que había sido blanco. Lo sujetaba con una cadena y, al son de un pandero, el animal bailaba. Eran la diversión de criadas y chamacos. También había cilindros, en su mayoría italiano-gitanos. Sobre el cilindro, un changuito atado a

una cadena pasaba una vasija para que en ella echaran los centavos que recogían.

En 1910 se conmemoró el centenario de nuestra Independencia. Don Porfirio invitó "a todo el mundo". Hasta los cuicos se pusieron polainas blancas —parecían moscas en leche. Mi mamá nos llevó al desfile. Don Porfirio, de uniforme impecable, el pecho lleno de medallas. Doña Carmen, superelegante, con su sombrero. Todo era como de zarzuela. Los ministros porfirianos no parecían mexicanos, eran todos de tez blanca y barba blanca, así los escogió, para que parecieran europeos.

* Cortesía del Departamento de Publicaciones de la UNAM. Edición: Elisa Ramírez Castañeda

** Miguel Ángel Tovar, 84 años.

Los cadetes del Colegio Militar llevaban penachos altos y blancos. Y nuestro pueblo, sólo mirando de lejitos —con su pobreza, sus huaraches, calzones de manta y sombrero de petate. Entonces no había clase media, sólo ricos y pobres, pero pobres de veras.

Otra maravilla de 1910 fue el globo cautivo que se elevó 100 metros frente al Hemiciclo a Juárez, y desde lo alto agitaba el temerario astronauta la enseña nacional.

Cuando estaba en 2o. de primaria, escribíamos en pizarras. Se escribía con pizarrín, que eran unos jabones suaves que no rechinaban al escribir; costaban, según la clase, a centavo o a dos.

Después comenzamos a escribir con tinta, cada quien llevaba su botellita o tintero. El maestro, de una botella grande de a litro, nos servía. Para escribir usábamos mangullos con pluma. Pegábamos las figuras geométricas con engrudo o con cera de Campeche. Los trabajos de carpintería los hacíamos con cola.

Las calificaciones eran: mal, bien, muy bien y perfecta-

mente bien. Rara vez daban excelente.

Cursé el 4°, 5° y 6° en la escuela anexa a la Normal para Maestros. Después fui al H. Colegio Militar, que era la mejor escuela de México. Allí aprendí carpintería.

Para ir a la escuela tomaba el tranvía frente al jardín de San Fernando. Costaba 7 centavos en segunda —yo era de segunda.

Pasaba por la calle de Rosales. Era una calle empedrada, muy quieta, y las carretelas pasaban de cuando en cuando. Allí vivía Jorge Vera Estañol, tenía su gran auto francés, chofer y ayudante uniformados. Al subir y bajar del automóvil, el ayudante se bajaba a abrir y cerrar la portezuela, cachucha en mano. Todavía era tiempo de lacayos y servidumbre.

En vacaciones mi papá me metió con un carpintero. Una vez llegó con mi maestro una señorona —la mujer de Vera Estañol. Le dijo: Maestro, mándeme mañana a este muchacho para que vaya a mi casa, voy a repartir juguetes.

Yo tenía 10 años, era 6 de

enero. Fui, naturalmente, sin falta. En el camino me iba haciendo ilusiones; será un caballito, un carrito de cuerda... y así por el estilo. Llegué y la señora decía: los niños se forman aquí, las niñas allá. Entraron las niñas y salieron con su rebocito. A nosotros nos dieron un jorongo de tela de jerga y un tompiatillo con tejocotes y cañas. Seguro que en la Sección de Sociales salió que la señora Tal y Tal repartió juguetes y golosinas.

Por el 910, a un costado de la Alameda Central, había un sitio de automóviles de alquiler, creo que en total eran 8 y era el único de la ciudad. Allí trabajaba mi papá.

Una tarde llegaron al sitio unos jóvenes. Dijeron que eran estudiantes de medicina, llevaban unos bultos, les urgía ir a Texcoco, dijeron. No bien habían salido, le dijeron a mi padre:

—Somos revolucionarios y nos tiene que llevar, por la buena o por la mala, a Puebla. Así que cargue bien su tanque y vámonos.

—Pues fíjense que yo también soy revolucionario y co-

nozco bien el camino, porque viví mucho tiempo en Puebla.

Salieron. Los bultos que llevaban eran armas. Llegaron a Puebla a medianoche, tenían que pasar frente al cuartel. Querían que mi padre diera vuelta por otras calles.

—No, es preferible que pasemos enfrente —les dijo. Griten como si estuvieran borrachos.

Así hicieron, pasaron sin novedad. Se iban a unir al general Tapia. Le firmaron un vale a mi papá. "Por un viaje a Puebla, pagadero al triunfo de la Revolución." Lo firmaba J. Almazán.

Pasaron los años. Una noche, en Bellas Artes, estaba mi padre sentado en luneta. En el entreacto llegó un oficial y le dijo:

—Dice mi general que está en el palco allá arriba, que por favor pase usted a verlo.

Mi padre subió al palco. Se levantó el general Juan A. Almazán y le dijo:

—Estoy en deuda con usted, pídamelo lo que quiera.

—Gracias General —le contestó mi padre— considérelome mi aportación a la Revolución.

Celia Maldonado L.*

Temblores en la ciudad de México en los siglos XVII y XVIII

En los siglos XVII y XVIII, los habitantes de la capital de la Nueva España padecieron diferentes calamidades: las inundaciones que sin duda representaron el problema más apremiante, sobre todo en el siglo XVII. Asimismo tuvieron intensas sequías —que por cierto las combatían, trayendo a la virgen de los Remedios—, pero además se presentaron lluvias, eclipses, cometas, incendios, epidemias, manifestaciones populares, escasez de víveres y temblores, los cuales siempre han causado gran conmoción y temor entre los

habitantes. En relación a estos temblores, don Francisco Sosa comentaba: "En esta capital de México muy raro es el año que no se sientan temblores. Estos pueden ser considerados de tres clases: fuertes, medianos y tenues."

Invariablemente, cuando se presentaban los temblores, la población vivía momentos de angustia, consternación y descontrol como ahora. En ese tiempo la intensidad de los temblores la medían rezando un credo decían: "el temblor duró dos o tres credos, rezados con devoción". Cuando el

temblor era de una intensidad mayor que la acostumbrada "se tocaba plegaria en las iglesias".

Temblores en la capital de la Nueva España en el siglo XVII

1611 Gobernaba en la Nueva España el virrey fray García Guerra, arzobispo de México, cuando en el mes de agosto de 1611: "se sintió un fuerte terremoto que echó por tierra varios edificios de la capital y causó

terribles daños en las poblaciones inmediatas". El virrey se ocupó de inmediato en reparar los males que el terremoto había causado en los establecimientos públicos.

Este año también se hizo notable por un eclipse total de Sol muy prolongado. El 10 de junio, a las 12 horas del

* Investigadora de la Dirección de Estudios Históricos.